

LA RESOLUCIÓN DE JUAN

En Nicaragua vivía una vez un muchachito que se llamaba Juan. Su papá y su mamá nunca leían la Biblia, por la sencilla razón de que no la conocían. Ni siquiera sabían algo de Jesús.

Pero un día llegaron a Nicaragua unos misioneros, y edificaron una escuela cerca del hogar de Juan. Enseñaban a la gente y les mostraban cuadros de Jesús. Esto agradó al padre y a la madre de Juan, y después de poco tiempo decidieron enviar a su hijo a la escuela de la misión.

Esta escuela era muy diferente de todas las que Juan había conocido. ¡Cómo le gustaba escuchar la lectura bíblica cada mañana!

Un día la maestra les habló acerca de la necesidad de ser sanos y fuertes. Les dijo que no debían usar té, café, ni tabaco, ni comer alimentos dañinos. Juan estaba seguro de que no iba a echar de menos el café, el té y el tabaco. Pero ¿cuáles serían esos alimentos dañinos de que hablaba la maestra? Tendría que preguntarle.

Cuando el muchacho se lo preguntó, ella le explicó que la Biblia enseña que no hay que comer la carne del cerdo y de algunos otros animales. Juan pensó y pensó acerca del cerdo. Su padre y su madre siempre comían cerdo. Casi todos lo comían en su país. ¿Qué podría hacer él?

Finalmente, hizo su decisión. Nunca más comería cerdo ni ninguno de los otros alimentos que la Biblia prohibía. Quería ser sano y fuerte.

Al mediodía, Juan fue a almorzar a su casa como de costumbre. Su mamá había preparado arroz, porotos, bananas y costillas de cerdo.

¿Qué haría? ¿Debía comer todo lo que su madre le sirvió? ¡Qué rico olor despedía la carne! Satanás lo estaba tentando. Pero él no obedecería a Satanás. No se dejaría vencer. Comió los porotos, las bananas y el arroz, y dejó a un lado la carne de cerdo. Cuando estaba por levantarse de la mesa, su mamá vio que había dejado la carne en el plato.

“Juan, come la carne”, le dijo.

Él contestó: “Mamá, no quiero comer cerdo”.

“¿Por qué no?” preguntó la mamá.

“Porque no es un alimento limpio”.

“¿Que no es limpio? ¿Quién te dijo que el cerdo no es limpio?” preguntó extrañada la mamá.

“Mi maestra”, contestó Juan.

La madre se enojó. “Come esa carne o de lo contrario te castigaré”, gritó. Pero él no la comió.

La mamá lo castigó, pero él no quiso comer cerdo. Entonces lo volvió a castigar. El pobre Juan tuvo que quedarse en casa aquella tarde sin asistir a la escuela. La madre lo castigó cuatro veces, pero él no comió. Por la noche, la madre de Juan fue a ver a la maestra. Estaba enojada, pero la maestra le habló amablemente y le explicó lo que había enseñado esa mañana. Le leyó la explicación en la Biblia. Muy pronto la madre de Juan olvidó su enojo y se interesó en el tema.

“¿Querría usted que la visitara en su casa y estudiáramos la Biblia juntas?”, le preguntó la maestra cuando la señora se despedía.

“Encantada. Me alegraría mucho de que Ud. lo hiciera”, contestó la mamá de Juan.

Al otro día, por la noche, la maestra fue a la casa de Juan y le dio a su mamá un estudio bíblico. Siguió visitándolos noche tras noche y explicándoles más acerca de la Biblia.

La madre de Juan creyó en la Biblia. No volvió a usar té, café ni tabaco, ni a comer alimentos dañinos. Poco después fue bautizada. Cuando Juan fue mayorcito, él también se bautizó y se unió a la iglesia.